HISTORIA SOCIAL
Author(s): Joan Sangster and José A. Carazo Carrasco
Source: *Historia Social*, No. 60 (2008), pp. 213-224
Published by: Fundacion Instituto de Historia Social
Stable URL: http://www.jstor.org/stable/40658008
Accessed: 24/02/2014 10:19

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Fundacion Instituto de Historia Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Historia Social*.

http://www.jstor.org

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

HISTORIA SOCIAL

Joan Sangster

A lo largo de las dos últimas décadas, los análisis sobre la historia social como disciplina en crisis se han convertido en un subcampo en sí mismo. Apenas la exuberante eclosión de la historia social de final de los años sesenta y los setenta había tomado forma, cuando ya aquellos mismos que practicaban este tipo de historia empezaron a plantear dudas sobre su dirección y su vitalidad. Al dar su parecer sobre la crisis, a muchos autores les resulta difícil no caer en el relato de un declive o en una perspectiva *whig* para la que el debate y la discusión en último extremo favorecen el progreso intelectual a lo largo del tiempo. El hecho de que *Historia Social* esté celebrando su vigésimo aniversario como una revista de historia social sólida, respetada y llena de vitalidad, es seguramente una señal de que esta disciplina está viva y goza de buena salud. Las celebraciones, no obstante, no pueden dejar paso a la autocomplacencia: podemos reconocer el impacto positivo y la difusión de los temas de historia social dentro de la escritura histórica y, al mismo tiempo, aceptar la existencia de algunos dilemas a los que nos enfrentamos si queremos mantenerla tan vibrante como lo ha sido en el pasado.

Mi propia perspectiva es la de alguien que ve las cosas desde dentro y también desde fuera, particularmente en lo que se refiere a los debates angloamericanos[1] que dominan esta especialidad en el mundo de habla inglesa y en otros ámbitos: la historia social canadiense es poco leída por investigadores de fuera del país y, sin embargo, ha absorbido por ósmosis los enfoques predominantes. Muchos historiadores *canadianistas* (es decir que básicamente escriben historia de Canadá) llevan mucho tiempo acostumbrados a una práctica de la lectura y escritura históricas de tipo comparativo y transnacional, precisamente debido a lo pequeño de nuestro número y a la posición un tanto marginal que ocupamos dentro de la comunidad académica internacional. Canadá, un país de pobladores blancos, se ha visto culturalmente dominada por imperios más poderosos, primero el británico y más tarde (y en la actualidad) el americano. Sin embargo, su estructura de clase se ha entrelazado con esos imperios y este país ha puesto en práctica su propia variedad de colonialismo interno. Múltiples capas de colonialismo definen, así pues, nuestra historia, como también lo hace toda una gama de nacionalismos históricamente contingentes, cambiantes y a menudo contradictorios: el francés, el inglés y en este momento el de las Primeras Naciones. Como historiadora feminista, mis puntos de vista en los años setenta eran inicialmente marginales dentro de la investigación histórica, aunque veinticinco años más tarde el género ha entrado cada vez más en la corriente principal de la profesión en Canadá. No

[1] Uso esta expresión para referirme a los debates en lengua inglesa que proceden de los Estados Unidos y de algunos lugares de Europa occidental, aunque las instituciones británicas y estadounidenses (particularmente estas últimas) son claramente las que ejercen una influencia predominante.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

obstante, como materialista impenitente que soy, en estos tiempos que se consideran más bien "retro", se podría decir que la trayectoria contraria también es cierta.

El renacer de la historia social en la década de los setenta, estimulado por los nuevos movimientos sociales, por un resurgimiento del interés en la teoría marxista y por obras históricas clave como *La formación de la clase obrera inglesa*, ha sido analizado en profundidad en muchos lugares y, como Geoff Eley y Keith Nield argumentan en su reciente libro *The Future of Class in History*, había un consenso *general* en esos momentos en que los temas de causalidad social, contexto social, estructuras sociales y determinación social estaban al menos sobre la mesa para su análisis y debate.[2] La trayectoria de esta disciplina en las dos décadas siguientes se hizo bastante más polémica. Al constituir un campo amplio y amorfo, que una vez se describió nada menos que como "la historia de la sociedad",[3] la historia social reunió a investigadores procedentes de diversas perspectivas políticas interesados en el trabajo, el género, la industrialización, las ciudades, la delincuencia y la sexualidad (sólo por nombrar algunos de los temas explorados). Las diferencias, las fisuras, las rupturas y la especialización fueron quizás un resultado natural del éxito de este tipo de historia. Al tiempo que prosperaba, hubo una fractura en la ilusoria unidad que caracterizó el proyecto inicial a finales de los años sesenta y en los setenta; nuevas áreas temáticas de investigación atrajeron suficiente interés como para desgajarse, a menudo de forma amistosa, y crear revistas y proyectos de investigación que pronto tuvieron vida propia.

La historia de la sexualidad no es sino un ejemplo de esa tendencia, aunque hay muchas otras, incluyendo la historia urbana, la historia material y una de las áreas académicas más exitosas y que más ha crecido en Norteamérica: la historia del género y las mujeres. Muchos historiadores sociales habían dirigido su atención inicialmente hacia la familia, frecuentemente a través del examen de los roles sociales, la residencia, los medios de vida y las relaciones de poder patriarcales. Esta atención a la familia se amplió y transformó al tiempo que los historiadores exploraban muchas áreas de la vida íntima en el pasado, *tanto* dentro de la familia como fuera de ella. El estudio de las relaciones y comportamientos heterosexuales y homosexuales (y más tarde bisexuales y transexuales), de la imaginería y del simbolismo sexuales, y de la regulación sexual (por nombrar unos cuantos campos de trabajo) fue también estimulado por el ascenso de los movimientos gay y lesbiano (más tarde llamados *queer*), el de las mujeres y por variantes de la teoría feminista y *queer*. La aparición de *The Journal of the History of Sexuality* en 1990 fue un indicador de la vitalidad de este campo de investigación, como también lo fueron una serie de libros y artículos en revistas de historia sobre el género y publicaciones interdisciplinarias feministas y de gays y lesbianas.

Este último punto es también significativo: el compromiso cada vez más interdisciplinar de los investigadores situó algunas de las preocupaciones políticas iniciales de la historia social en palestras académicas que se convirtieron en espacios de colaboración y debate para la historia y *también* para otras disciplinas. Tanto si se trataba de estudios feministas y culturales como, en Norteamérica, del nacimiento de los estudios indígenas, estas iniciativas interdisciplinarias, al proclamar una integración holística de la historia, la cultura y la política, ponían de manifiesto también el poderoso impacto del proyecto de la historia social. Sin llegar al extremo de celebrar la "explosión" consciente de todas las tradiciones de las distintas disciplinas, como hacen algunos autores posmodernos, es preciso que reconozcamos la influencia decisiva que esta expansión interdisciplinaria tuvo en el debate académico.[4]

---

[2] Geoff Eley y Keith Nield, *The Future of Class in History: What's Left of the Social?*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2007.

[3] Eric Hobsbawm, "From Social History to the History of Society", *Daedalus*, vol. 100 (1971), pp. 20-45. ["De la historia social a la historia de la sociedad", *Historia Social*, 10 (1991), pp. 5-25].

[4] Richard Price, "Postmodernism as Theory and History", en John Belcham y Neville Kirk (eds.), *Languages of Labour*, Ashgate, Aldershot, 1997.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Podríamos utilizar otros dos ejemplos para ilustrar la influencia de la historia social: su integración en el corazón de la profesión y su papel central en la estimulación de debates teóricos. En Canadá, la nueva *temática* de la historia social, en particular su curiosidad inicial tanto por los "desprovistos de poder" como por los "poderosos", tuvo efectos significativos y mensurables al cambiar la narrativa dominante en la historia en este país tanto en el ámbito educativo como en el cultural. Puede que la historia en Canadá haya seguido anclada en el contexto del "triángulo atlántico" (nuestra relación con Gran Bretaña/Francia y los Estados Unidos) pero los temas tratados y la gama de actores históricos que aparecían en escena cambiaron considerablemente. Los movimientos sociales, las mujeres, los grupos étnicos de origen no anglosajón, la inmigración, la "raza" (en particular la historia aborigen) y, en menor grado, la clase, encontraron un lugar más significativo en las aulas universitarias. Se crearon institutos dedicados a la historia oral y se dotaron premios académicos en historia de la clase obrera; asimismo, surgieron nuevas revistas bilingües consagradas al estudio de la historia social, las mujeres, la clase obrera y la educación. El hecho de que hubiera una dura reacción contra este tipo de historia en los años ochenta, procedente de historiadores políticos y militares más tradicionales, era simplemente la evidencia de que la jerarquía de la *importancia temática* en la profesión estaba cambiando, una tendencia que se daba al mismo tiempo (y no era una mera coincidencia) que aumentaba la integración de mujeres (blancas) en su escalafón y sus estructuras de poder.

La práctica de la historia social ponía en cuestión la definición dominante de la política, y por extensión, de las ideas del poder que previamente habían gozado de un seguro cobijo en la "alta" política de los primeros ministros y los debates parlamentarios. La política y las relaciones de poder eran ahora investigadas a través de las relaciones patriarcales en la vida familiar, de las escaramuzas sobre el ocio público y de las disputas sobre el control del lugar de trabajo. Al mismo tiempo que nuestra mirada se volvía hacia la calle, la casa y el lugar de trabajo, las antiguas versiones nacionalistas de la historia –estrechamente ligadas a la heroica formación del estado-nación– fueron a su vez objeto de un riguroso examen crítico, aunque algunos historiadores sociales eran ciertamente conscientes del poder del estado en muchas áreas de la vida social. Al final de los años ochenta, y en paralelo con tendencias internacionales, el interés de los historiadores sociales en las estructuras sociales y las relaciones de clase se desvaneció, al tiempo que aparecían en primer plano los temas de la identidad, de la cultura, del discurso y de la representación. Los análisis sobre el poder sufrieron también un cambio considerable porque el libro de Gramsci *Cartas desde la cárcel* fue sustituido en las estanterías por las obras de Michel Foucault. Las historiadoras feministas prestaron más atención a los análisis discursivos de las diferencias de género y a la historia de la sexualidad, ya que tanto la historia del género como la de las mujeres no sólo estaban a la cabeza sino que a su vez asimilaban estas corrientes académicas.

Aunque esta nueva forma de escribir historia estaba marcada por una retórica posmodernista (todo es fragmentado, fluido y contestado) y por mucha atención al discurso, se podría argüir que la investigación con frecuencia se llevaba a cabo sin poner en cuestión *de un modo fundamental* los presupuestos y las metodologías dominantes en esta profesión durante mucho tiempo. Como sostenían algunos autores, la nueva historia cultural a veces parecía una reformulación de la historia intelectual. Además en nuestras clases ni echamos por la borda la noción de causalidad social ni nos negábamos de manera rutinaria a reivindicar la posibilidad de la verdad. El compromiso existente de los historiadores sociales de interrogar críticamente los datos que usamos ciertamente se intensificó y se hizo más complejo bajo la influencia de las críticas posmodernas a la producción de conocimiento y a cualquier teleología; no obstante, este no era un camino de pesquisa intelectual totalmente "nuevo".

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Dentro de estas amplias tendencias, los temas y los acercamientos de los historiadores sociales asumieron diferentes características regionales y nacionales. En Canadá, el carácter de la política y el nacionalismo de Quebec, por ejemplo, llevaron a la historia social de esta región por unos caminos distintos. Sin embargo, en contraste con algunos países con tradiciones intelectuales de izquierda más fuertes, la historia canadiense *en conjunto* nunca incorporó seriamente una gama de perspectivas marxistas (a diferencia de la economía política canadiense donde estas ideas florecieron). Una breve pero altamente productiva eclosión de historia de las mujeres y la clase obrera en los años setenta y principios de los ochenta sí que echó mano de ideas marxistas-feministas y, hasta bien entrados los años noventa, persistió un interés en la teoría materialista-feminista. Pero muchos historiadores del género y la clase obrera fueron cada vez más críticos con el llamado marxismo "tradicional", que era ahora tachado de determinista, economicista, masculinista y esencialista, aunque algunos análisis más sofisticados de la época ponían en cuestión la idea de que el marxismo fuera una forma de "esencialismo" economicista.[5] Como afirmaba un crítico, para los años noventa, un "núcleo" liberal pluralista (aunque hay que admitir que comprometido con la historia social) había llegado a caracterizar gran parte de la producción histórica en Canadá.[6] En cierto sentido la historia social *había* entrado en el "establishment" de la profesión, aunque tampoco se trataba de acusar a sus practicantes de ser "clones genéricos" empantanados en el pasado porque *no* abrazaban las críticas posmodernas.[7]

No sólo la historia social cambió las concepciones dominantes de la política, sino que su círculo altamente variopinto y sus practicantes se convirtieron en apasionados defensores de su disciplina, en un hervidero de debates teóricos sobre el "giro lingüístico", el uso de las teorías culturales, la influencia del postestructuralismo y del postmodernismo y la importancia del género y la "raza" dentro de la historia social. A pesar de que algunos lamentan lo alborotado de tales debates, tachándolos de ser poco educados (normalmente echando la culpa a los marxistas, que ya tenían fama de "dogmáticos; aunque en ocasiones acusando también a los posmodernistas), esta historia está mejor servida con la discusión que con la autocomplacencia y el consenso. Las diferencias se articulaban, se redefinían y a veces se alteraban en el proceso de debate, y la intensidad de la controversia era comprensible dado que algunos historiadores sociales siempre habían considerado que su práctica histórica estaba ligada a un compromiso fuertemente sentido con una transformación radical social/socialista. Ya que el marxismo, las ideas sobre la acción de la clase obrera, el sujeto histórico y la comprensión de la experiencia thompsoniana eran objeto de una fuerte crítica (cuando no de puro rechazo), los historiadores que seguían utilizando estos conceptos se encontraban a la defensiva.

Más aun, era quizás inevitable que la historia de la clase obrera, con sus inclinaciones implícitamente materialistas, se convirtiera en el epicentro del disenso, dado que la noción de una estructura de clase objetiva y anterior al discurso se hallaba sujeta a una crítica rigurosa. No es éste el lugar idóneo para reexaminar estos debates aunque es importante indagar (como yo hago un poco más adelante) hasta qué punto éstos tenían, y tienen, una dimensión realmente internacional. También me asombra el número de historiadores anglo-americanos que ahora vinculan la aceptación de la historia de las mujeres y del género con el surgimiento de los análisis postestructuralistas, ignorando el hecho de que la histo-

---

[5] Joseph Fracchia, "Marx's Aufhebung of Philosophy and the Foundations of Materialist Science of History", *History and Theory*, vol. 30/2 (mayo 1991), pp. 153-79.

[6] Bryan D. Palmer, "Of Silences and Trenches: A Dissident View of Granatstein's Meaning", *Canadian Historical Review*, 80/4 (dic. 1999), pp. 676-86.

[7] Sigurour Gylfi Magnusson, "Social History as 'Sites of Memory': the Institutionalization of History, Microhistory and the Grand Narrative", *Journal of Social History*, 39/3 (primavera 2006), pp. 891-913.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

ria de las mujeres tenía una historia anterior inspirada por planteamientos marxistas-feministas, materialistas o, en sentido contrario, liberales.[8]

Ciertamente, un segundo punto de debate en los círculos de historia social fue hasta qué grado el género y la raza se convirtieron en parte significativa de una narrativa histórica más amplia. A las alturas de 2008, creo que éste es casi un asunto de "maternidad" en mi propio país: pocos historiadores en Canadá pondrían en cuestión (al menos en público) la importancia de estudiar la "raza" y el género o rechazarían la relevancia de la historia de las mujeres –más bien lo contrario–. Nuestra evaluación de si el género se integró en la historia social y en qué grado varía según a qué lado de la frontera nos encontremos: yo he sido más optimista sobre el hecho de que las feministas se "abran paso desde dentro" e introduzcan el género en la historia de la clase obrera que algunos historiadores anglo-americanos, lo cual sin duda es un reflejo de los diferentes contextos sociales: la cooperación de feministas y nacionalistas en la historia de Quebec, las políticas del movimiento de mujeres canadiense, vinculados durante mucho tiempo con el mundo obrero y con la socialdemocracia, y un pequeño e interconectado círculo en el que feministas y historiadores del trabajo apoyaban mutuamente sus proyectos de cuestionamiento y cambio.[9]

A pesar de la amplia difusión y la decisiva influencia que la historia social ha tenido en la profesión, hay motivos para la preocupación. Aquellos que consideran que este tipo de historia se tambalea siguen recomendando modos de apuntalarla y revivirla. Déjenme hacer un comentario sobre dos de ellos: primero, el intento de tender puentes entre teorías actualmente enfrentadas, y el segundo, la demanda de más análisis transnacionales.

Después de una serie de debates teóricos internos que algunos autores han considerado extenuantes, se están produciendo nuevas tentativas de entrelazar diversas corrientes de teoría, en particular aquellas provenientes de posiciones posmodernas con las que muestran una inclinación más estructural o materialista. Geoff Eley y Keith Nield afirman en *The Future of Class in History* que crear "intercambios fructíferos" o encontrar un "camino intermedio"[10] entre rumbos políticos que hasta la fecha han estado en tensión, cuando no en conflicto abierto, debería constituir la tarea en estos momentos. El suyo no es el primer llamamiento en este sentido, pero sí que es una de las más sofisticadas exploraciones del acercamiento y del intercambio teóricos –después de todo, ¿cómo se puede razonar en *contra* del diálogo?

Eley y Nield, por supuesto, conceden que algunos historiadores pensarán que su causa es liberal y pluralista y, a juzgar por un escrito suyo anterior, puede que tengan razón.[11] "Nosotros no tenemos que elegir" es su toque de rebato a los historiadores sociales, un eslogan más bien cauto.[12] Estos autores astutamente diagnostican la existencia de algunos puntos muertos en esta disciplina, incluyendo el modo en que la clase se ha convertido en compañero mudo, o ni siquiera en compañero, en la historia social anglo-americana. En

---

[8] En Canadá, por ejemplo, uno de los primeros libros importantes fue una recopilación explícitamente marxista-feminista, Janice Acton *et al.* (eds.), *Women at Work: Ontario, 1880-1930*, Women's Press, Toronto 1974). Tanto los planteamientos marxistas como liberales se pueden encontrar en un segundo volumen clave, Linda Kealey, *A Not Unreasonable Claim: Women and Reform in Canada, 1880-1920,* Women's Press, Toronto, 1979.

[9] Joan Sangster, "Feminism and the Making of Canadian Working Class History: Exploring the Past, Present and Future", *Labour/Le Travail*, 46 (otoño 2000), pp. 127-66. De modo similar, la aplicación directa en Canadá de las teorías de la "blanquitud" desarrolladas en los Estados Unidos ha sido puesta en cuestión ya que la experiencia de la "raza" es distinta en contextos históricos y nacionales específicos. Véase Vic Satzewich, "Whiteness Limited: The Social Construction of 'Peripheral' Europeans", *Histoire Sociale/Social History*, 33/66 (2000), pp. 271-89.

[10] Eley y Nield, *The Future of Class*, p. 12.

[11] Geoff Eley y Keith Nield, "Farewell to the Working Class?", *International Labor and Working Class History*, 57 (primavera 2000): 1-3 y réplicas de varios investigadores.

[12] Eley y Nield, *The Future of Class*, p. 17.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

paralelo con esto, el tema del trabajo remunerado, que en un tiempo constituyó la piedra angular de la historia social, ha palidecido frente a otros asuntos en Norteamérica, un hecho que a veces se explica por la desaparición de la "antigua" clase obrera industrial a consecuencia de las fuerzas económicas globales y del neoliberalismo. Cierto, pero las clases asalariadas todavía trabajan duramente en todo el mundo, a menudo en trabajos de temporada, eventuales, bajo coacción, marginales, a tiempo parcial y sin protección. El sardónico comentario de Terry Eagleton "el cuerpo libidinoso puede estar de moda, pero desde luego el cuerpo trabajador no lo está"[13] parece muy adecuado, aunque yo argumentaría que no es tanto el *tema* en sí lo que preocupa (después de todo el éxito de la historia social fue su capacidad de ampliar nuestras definiciones de lo que era importante desde el punto de vista histórico) como las *aproximaciones* al estudio del cuerpo. La escritura feminista, por ejemplo, se ha concentrado en el cuerpo como texto, representación o sede del poder, marginando un análisis materialista del cuerpo tangible, físico y explotado que se asocia con el trabajo asalariado.[14]

No se puede poner en duda el impacto que una serie de escritos posmodernos y postestructuralistas han tenido en el desarrollo de la investigación en historia social. Ha habido un intercambio intelectual entre lo que Eley y Nield llaman los "registros" del pensamiento posmoderno y materialista: incluso aquellos autores conocidos por sus lealtades marxistas han integrado los planteamientos de Foucault en su investigación, reconociendo así su importancia.[15] No obstante, la pregunta de estos historiadores sigue en pie: cómo reinsertamos la clase, y una cierta atención a la estructura social y al estado, en la ecuación de la historia social. ¿Es posible que historiadores de diferentes filiaciones políticas solucionen este problema sólo "siendo majos"? El proyecto de acercamiento teórico de Eley y Nield, aunque bien intencionado y a menudo intelectualmente estimulante, puede encontrarse con tramos llenos de baches en su esperanzado camino hacia la reconciliación. En su libro, la tendencia de estos autores a oscilar entre planteamientos divergentes (por un lado tal cosa y por el otro tal otra) y su búsqueda de una política de equilibrio les puede poner en el punto de mira de críticas procedentes de todos los campos. Es más, ellos mismos reconocen que hay importantes *diferencias* entre el materialismo y el postestructuralismo, entre Gramsci y Foucault: el primero, en su opinión, sigue "inserto en una tradición marxista" que abogaba por "una idea del poder derivado de la clase".[16] Para algunos historiadores sociales ésa es precisamente la razón por la que deberíamos optar por Gramsci cuando hacemos nuestras elecciones interpretativas. Dada nuestra repetida reivindicación de valorar la "diferencia", puede que tengamos que aceptar la divergencia ideológica como la piedra angular de la historia social y no como una piedra de molino alrededor de su cuello.

Además, a pesar de la comprensiva exposición que Eley y Nield hacen sobre Gramsci, y de su recordatorio de que el marxismo ha sido a menudo caricaturizado como una teoría homogénea (algo que cualquiera que haya tenido contacto con intelectuales marxistas sabe que es una fantasía), su versión del acercamiento a veces se escora hacia un aplacamiento de los puntos de vista posmodernistas. Después de todo, ellos aceptan la opinión de que la crítica de Joan Scott ha asestado el golpe de gracia a la interpretación epistemológica de la

---

[13] Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism*, Oxford, 1996), p. 71.

[14] Joan Sangster, Making a Fur Coat: Women, the Labouring Body, and Working-Class History", *International Review of Social History*, 52 (2007), pp. 241-270. Sobre el movimiento que se aleja de las visiones materialistas del cuerpo, véase Toril Moi, *What is a Woman? And other Essays*, Oxford, 1999; Kathy Davis, "Embody-ing Theory: Beyond Modernist and Postmodernist Readings of the Body", en Kathy Davis (ed.), *Embodied Practices: Feminist Perspectives on the Body*, Thousand Oaks, Londres, 1997, pp. 1-23.

[15] Bryan Palmer, *Cultures of Darkness: Night Travels in the History of Transgression*, Monthly Review Press, New York, 2000, y la reseña favorable de Eley en *Left History*, 8.1 (primavera 2002), pp. 106-112.

[16] Eley y Nield, *The Future of Class*, pp. 145-46.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

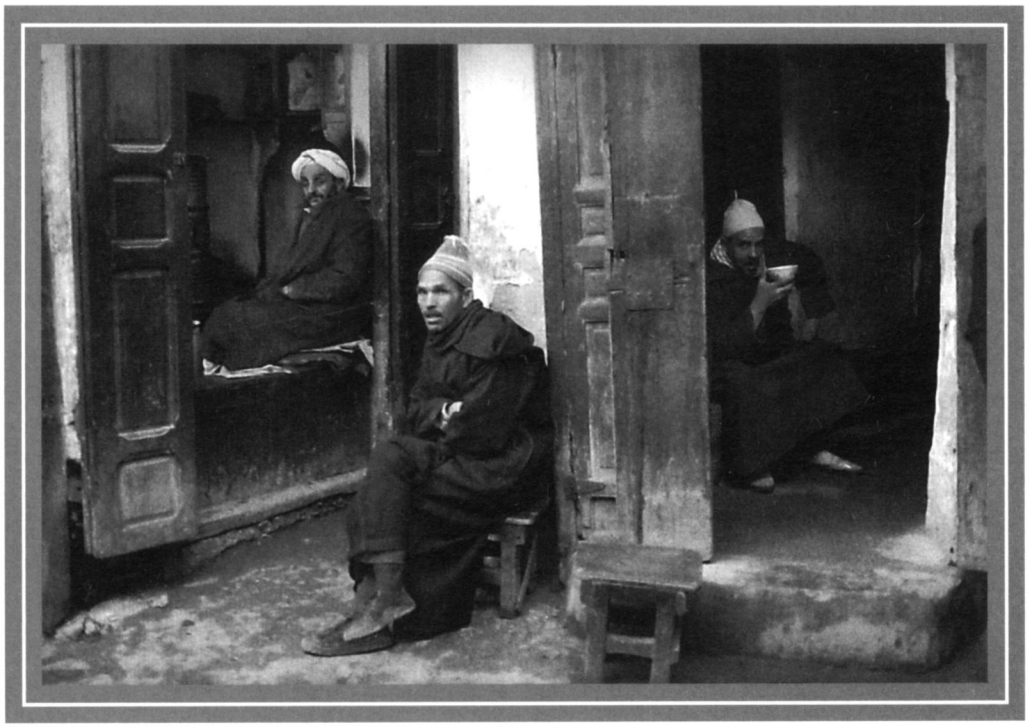

Foto de Marc Riboud

experiencia de Thompson, un punto de vista que otros no estarían dispuestos a secundar tan rápidamente. Estos historiadores desechan a los "malos" marxistas que, como Ellen Wood, han rechazado el postmodernismo, y sin embargo sus polémicas intervenciones nos recuerdan uno de los más significativos legados de la historia social de los años setenta: un interés en la capacidad de acción y la *humanidad* del sujeto humano (más que un deseo de deconstruir el sujeto) y un apasionado anhelo de cambiar el mundo. Todo esto puede todavía inspirar a algunos historiadores más que una abstracta concepción desde arriba, "de capataz", de la gubermentalidad.[17] Cuando autores como Eley y Nield aluden a la "miopía del materialismo", cuando "clase" se escribe con comillas irónicas y cuando se lamentan de un "análisis de clase al viejo estilo" pasado de moda, su llamada al acercamiento parece ofrecer una bienvenida más cálida a aquellos con un bagaje posmodernista que a los que viajan con equipaje marxista.[18] Su intento de reinsertar las cuestiones de clase y estructura social en el centro de la historia social es más que bien recibido en estos momentos pero puede que el desacuerdo ideológico siga siendo una característica (no siempre negativa) de la historia social que no cambiará por mucho diálogo que haya.

Una segunda tentativa actualmente en marcha de volver a colocarla en la punta de lanza de la vida académica implica al nuevo evangelio del transnacionalismo. Nuestros autores señalan que su trabajo se basa principalmente en debates sobre la historia norteame-

[17] Como Catherine Hall escribió sobre los escritos feministas postestructuralistas, "la muerte del sujeto [...] puede conducir a un pérdida de la idea de acción [...] una pérdida de sentimiento en la escritura histórica". Catherine Hall, "Politics, Post-structuralism and Feminist History", *Gender and History*, 3/2 (1991), pp. 204-10. Para el comentario sobre el "capataz", véase Simon Gunn, "From Hegemony to Governmentality: Changing Conceptions of Power in Social History", *Journal of Social History*, 39/3 (primavera 2006), p. 716.

[18] Eley y Nield, *The Future of Class*, pp. 77, 9, 56.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

ricana y de Europa occidental, aunque los textos clave en los que concentran su mirada son particularmente influyentes en el mundo académico estadounidense. Por ejemplo, mientras Joan Scott ha tenido indudablemente un fuerte influjo en la historia social, la singular atención que estos historiadores prestan a sus escritos, dándoles la categoría de piedra de toque del feminismo, ignora otras corrientes de la teoría feminista, tanto en Norteamérica como en otros lugares. Sus cautas críticas a Scott se equilibran con el laudatorio comentario de que sus ensayos postestructuralistas "puede que hayan hecho más que cualquier otra aportación individual para ayudar a llevar la importancia de las ideas feministas" desde los márgenes al centro de la disciplina, una afirmación más bien hiperbólica que supone el menosprecio de un respetado corpus de escritos feministas y que, una vez más, confunde la historia feminista con el feminismo postestructuralista.[19] ¿Hay otras corrientes del feminismo y del análisis de género que debamos analizar? Y algo más importante para los debates transnacionales, ¿son las discusiones feministas sobre la experiencia y el lenguaje las que realmente vivifican la historia de África, de Brasil o de Asia?

Es posible que los nuevos llamamientos a crear historias transnacionales, que en la actualidad se hacen con tanto entusiasmo dentro de la historia de la clase obrera, conduzcan a un sano intento de "descentrar", o al menos cuestionar algunas de las jerarquías historiográficas que se dan por supuestas. El hecho de situar a la fuerza de trabajo global como nuestro sujeto, argumentan los abogados del transnacionalismo, concentrará nuestra atención sobre la formación global de la clase, quitará importancia a nuestra preocupación sobre la destrucción del fordismo en el mundo occidental, y abrirá las posibilidades de estudiar a más trabajadores y formas de trabajo más variadas (el trabajo no libre, migratorio, marginal, etc.), que reflejan las realidades de la población trabajadora del mundo, especialmente en el Sur global.[20] Todo esto es para bien. Incluso en Europa occidental la idea de que el trabajo implica "una labor continuada en la producción de bienes y servicio a cambio de una paga", a menudo hecho por el que gana el pan de la familia, no es demasiado exacta. Basándose en su investigación sobre familias rurales españolas, Gavin Smith argumenta que concentrar nuestra atención contemporánea sobre el llamado "nuevo" mercado de trabajo flexible del capitalismo global enmascara la realidad de que la existencia de hogares e individuos multiocupados, que usan un gran número de estrategias para sobrevivir, ha caracterizado desde hace mucho tiempo a gran número de comunidades en todo el mundo.[21] Algunos defensores de la investigación transnacional creen también que enriquecerá el que ellos consideran un mejor acercamiento a la historia, basado en "identidades múltiples" y que "pone énfasis sobre el hecho de que identidades diferentes juntas producen individuos y grupos multifacéticos".[22]

La historia transnacional (como sus propios partidarios admiten) no es del todo nueva. El movimiento del capital global, la emigración, el estudio de los movimientos internacionales socialistas y de los trabajadores y el papel de los movimientos obreros en el sos-

---

[19] *Ibidem*, p. 118. Se podría argumentar que la historia de las mujeres fue creada y convertida en una disciplina respetable por un numeroso grupo de historiadoras feministas. Sólo en lo que respecta a los Estados Unidos, me vienen a la cabeza otras arquitectas clave de la historia del género: el trabajo de Linda Gordon sobre el estado del bienestar, el de Alice-Kessler Harris sobre el trabajo, el de Eileen Boris sobre el trabajo en casa o las obras de Vice Ruiz sobre mujeres latinas, etc.

[20] Marcel van der Linden, "Transnationalizing American Labor History", *The Journal of American History*, 86/3 (dic. 1999), p. 1092. Véase también Michael Hanagan y Marcel van der Linden, "New Approaches to Labor History", *International Labor and Working-Class History* [ILWCH], nº 66 (otoño 2004), pp. 1-11; número especial de *Journal of American History*, 86/3 (dic. 1999).

[21] Gavin Smith, "Writing for Real: Capitalist Constructions and Constructions of Capitalism", *Critique of Anthropology*, 11/3 (1991), p. 213.

[22] Marcel van der Linden, "Transnationalizing American Labor History", *The Journal of American History*, p. 1092.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

tén del colonialismo occidental, no son sino unos cuantos "viejos" temas transnacionales. La historia del comercio de pieles, asunto que ha preocupado durante mucho tiempo a los historiadores canadienses, fue necesariamente transnacional ya que tuvo que tener en cuenta el consumo en Europa, las organizaciones mercantiles y sus élites en los distintos países, la emigración y los encuentros entre blancos y nativos, y más tarde los pueblos Métis de diferentes clases sociales. La historia del trabajo en el comercio de pieles, incluyendo su gestión en los diferentes países, su organización de género, su carácter familiar, cultural y racial, por no mencionar las experiencias de la vida diaria por parte de los trabajadores, fue clave para la narrativa transnacional de la producción de pieles.[23]

La historia social comparada tiene también una sólida historia, en particular en naciones o regiones donde la profesión histórica es más reciente, es más reducida o está asediada, y muestra una tendencia a basarse en paradigmas históricos ya existentes. No obstante, esto genera asimismo serias preocupaciones. Como advirtió un historiador latinoamericano en relación con el nuevo interés por los estudios "de tierras fronterizas", puede que los "cimientos intelectuales" de estos nuevos proyectos de historia comparada sigan centrados en el mundo académico angloamericano de habla inglesa.[24] ¿Podrán los planteamientos transnacionales, como sugiere Frederick Cooper para el trabajo subalterno, abordar nuevas comparaciones "sur-sur", que vayan a contrapelo de las *hegemonías* intelectualmente establecidas de norte-sur, colonizador-colonizado, el oeste y el resto del mundo, etc.?[25] ¿O seguirá la historia social transnacional viéndose limitada por las estructuras coloniales y geopolíticas de poder cultural e intelectual existentes?

Al reflexionar sobre esta cuestión, podemos aprovechar los hallazgos surgidos de la dedicación de los historiadores a los estudios postcoloniales, sobre todo porque hay paralelos entre la investigación de la historia social y la postcolonial, especialmente el fuerte interés en los últimos años por temas como la identidad y los paradigmas culturalistas. Los historiadores que se muestran ambivalentes o críticos frente a los escritos postcoloniales recientes señalan que los intentos de descentrar y criticar el colonialismo occidental han conseguido en ocasiones *reafirmar* su centralidad histórica, espacial y cultural. Los textos postcoloniales, afirma Ella Shoat, tienden a ser a un tiempo "ahistóricos y a despolitizar" y, al igual que otros autores, manifiesta una cierta preocupación por el modo en el que las prioridades se diseñan a la medida del mundo académico del "primer mundo", en especial de Estados Unidos.[26] Como sostiene el historiador africano Paul Tiyambe Zeleta, los intelectuales del "tercer mundo" y sus prioridades de investigación pueden verse marginadas en este proceso; resulta irónico que el postcolonialismo pueda realmente reforzar "las inclinaciones anglocéntricas de ciertos planteamientos críticos de la antigua Commonwealth que afirma haber transcendido".[27] El efecto despolitizador de una escritura que subraya la

---

[23] Sylvia Van Kirk, *Many Tender Ties: Women in Fur Trade Society in Western Canada, 1670-1870*, Watson and Dwyer, Winnipeg, 1980; Carolyn Podruchny, "Unfair Masters and Rascally Servants: Relations Among Bourgeois, Clerks, and Voyageurs in the Montreal Fur Trade", *Labour/Le Travail*, 43 (primavera 1999), pp. 43-70.

[24] Christopher Ebert Schmidt-Nowara, "Response to Borders and Borderlands", *American Historical Review*, 104/4 (oct. 1999), pp. 1226-8.

[25] Frederick Cooper, "Conflict and Contention: Rethinking Colonial African History", *American Historical Review*, 99/5 (1994), p. 1517.

[26] Ella Shohat, "Notes on the Post-Colonial", y Arif Dirlik, "The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism", en Padmini Mongia (ed.), *Contemporary Postcolonial Theory: A Reader*, Arnold, Londres, 1996, pp. 321-34 y 294-321. Una crítica más acerba es Aziz Ahmed, *In Theory: Classes, Nations, Literatures*, Verso, Londres, 1992.

[27] Paul Tiyambe Zeleza, "The Troubled Encounter Between Postcolonialism and African History", Online *Journal of the Canadian Historical Association*, 17/2 (2006), p. 102. Evidentemente estoy simplificando los debates. Para una visión general, véase "The Troubled Encounter".

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

fluidez y el hibridismo pero que no afronta el capitalismo global y el imperialismo; que rechaza la "reivindicación de la verdad" cuando las naciones africanas están demandando moralidad, humanidad y el fin de la explotación; que valora la "diferencia" cultural y étnica cuando ese mismo concepto puede verse traducido en violenta marginalización, todo esto configura una llamativa advertencia sobre qué senderos *no* deben seguir aquellos que quieran elaborar historias transnacionales.[28]

Los dilemas implicados en exportar teoría, modelos y debates historiográficos surgidos en Norteamérica y Europa a otras áreas del globo han inquietado durante mucho tiempo a los historiadores del sur.[29] Es cierto que lo que parece una "crisis" en la historia social angloamericana puede no serlo en otros lugares. Como observa John French, están proliferando en América Latina los escritos sobre las clases trabajadoras, definidas de manera amplia.[30] En cambio, añade Barbara Weinstein, la narrativa historiográfica en la que la historia social se ve reemplazada por la historia cultural no goza de ningún predicamento en esa parte del mundo. Por otra parte, como señala esta misma historiadora, juzgar el campo de la historia social basándose fundamentalmente en criterios angloamericanos es profundamente problemático. Cuando se esgrime la integración del género en la historia social como el culmen del "refinamiento teórico" en la investigación, parece que los historiadores latinoamericanos se quedan "rezagados", lo cual ciertamente supone una ecuación insultante.[31] Además, aun cuando el género esté en el centro del debate, es posible que las cuestiones que adquieran más prominencia en las discusiones angloamericanas no sean los temas feministas que "agarren" en América Latina. De modo similar, la historiadora feminista holandesa Mineke Bosch ha puesto en cuestión la suposición de que las controversias históricas feministas tienen siempre carácter "internacional".[32] Estas jerarquías historiográficas se ven a su vez reforzadas por la desigual división de la producción de conocimiento a lo largo y ancho del globo, donde las instituciones académicas más estables, ricas y poderosas son las que inevitablemente marcan las tendencias. Como ha apuntado Frederick Cooper, "los medios materiales para hacer historia son tan desiguales como la distribución del poder económico y militar en el mundo".[33] Todas estas cuestiones son relevantes para los nuevos llamamientos en pro de una investigación transnacional: ¿Será capaz la nueva historia social emergente de socavar estos modelos de dominación cultural y teórica que han existido durante tanto tiempo?

La historia social transnacional tendrá que encontrar un adecuado equilibrio entre lo local y lo global. Proyectos transnacionales que analicen movimientos de población, la di-

---

[28] De modo similar los historiadores advierten de que los planteamientos "de tierras fronterizas" no deberían dejar de lado la "política del poder de la hegemonía territorial". Jeremy Adelman y Stephen Aron, "From Borderlands to Borders: Empire, Nation-States and the Peoples Inbetween in North America", *American Historical Review*, 104/3 (1999), p. 815.

[29] Véase, por ejemplo, Charles Bergquist, "Latin American labour history in comparative perspective: notes on the insidiousness of Cultural imperialism", *Labour/Le Travail*, vol. 25 (1990), pp. 189-98, y una respuesta, Jeremy Adelman, "Against Essentialism: Latin American Labour History in Comparative Perspective: A response to Bergquist", *Labour/Le Travail*, vol. 27 (1991), pp. 175-84; Fred Cooper, "Conflict and Contention".

[30] John French, "The Latin American Labor Studies Boom", *International Review of Social History*, 45 (2000), pp. 279-308. ["El auge de los estudios sobre el trabajo en Latinoamérica", *Historia Social*, 39 (2001), pp. 129-150]. Véase también Marcel van der Linden, "The Globalization of Labor History and its Consequences", *ILWCH*, 65 (abril 2004), pp. 136-56.

[31] Barbara Weinstein, "Where Do New Ideas (About Class) Come From?", *ILWCH*, 57 (primavera 2000), p. 55.

[32] Mineke Bosch, "Internationalism and Theory in Women's History", *Gender and History*, 3/2 (1991), p. 137.

[33] Frederick Cooper, "Africa's Pasts and Africa's Historians", *Canadian Journal of African History*, 34/2 (2000), p. 300.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

fusión cultural o los modelos económicos en el mundo pueden muy bien estimular nuevas "metanarrativas" que hasta ahora han sido vistas con suspicacia a la luz de los escritos posmodernos. Los marcos amplios y las conclusiones generales pueden resultar altamente estimulantes para la disciplina –del mismo modo que anteriormente lo fueron ideas como la "teoría de sistemas mundiales" (a pesar de todos sus problemas) para la historia global–.[34] Sin embargo, no deberíamos abandonar todas las investigaciones sobre historias particulares, locales o nacionales, dando por hecho que ya son mero provincialismo geográfico. Los estudios sobre muchos temas asociados con la historia social (las familias, los órdenes fraternos, los barrios, el ocio, el lugar de trabajo, la delincuencia, las instituciones sociales), llevados a cabo en un contexto o un lugar específico, a menudo proporcionaron memorables relatos de la vida cotidiana que fueron también usados para abordar cuestiones con un calado teórico o interpretativo más amplio. Más aún, como sugirió una vez Mineke Bosch acerca de la historia de las mujeres, "el internacionalismo [...] debería implicar la disposición a escuchar las historias locales que nos contamos unos a otros, a entender los entornos locales, la historicidad y los hallazgos ligados al contexto".[35]

Las investigaciones locales y nacionales han mostrado que los límites del estado nación han sido *importantes* para los trabajadores en términos materiales y concretos, a veces de modo dramático. El bienestar, la salud y la seguridad, las ayudas a las madres, el seguro de desempleo y, ciertamente, el mismo derecho a trabajar como ciudadano y no como trabajador inmigrante, fueron creados por las políticas del estado-nación o del estado regional, por las estructuras de clase y por las condiciones sociales; debemos entenderlas tanto en su especificidad como en un contexto comparativo. Finalmente, no deberíamos olvidar que ciertas regiones o naciones (como ciertas clases, grupos étnicos o mujeres) han sido ignorados o marginados en la investigación histórica. Los historiadores canadienses formados en la historia americana y europea, antes de que el surgimiento de los Estudios Canadienses en los años setenta supusiera un acicate para el estudio de la historia de Canadá, saben bastante de esto. Los australianos comparten una experiencia similar: una historiadora feminista bromeó recientemente: "¿Acabamos de empezar a hacer historias nacionales y ahora quieren que paremos ya?".[36] La situación en que se encuentran las naciones y regiones con una posición más precaria en el orden mundial y con un pasado colonial es mucho más grave. Con esto no queremos decir que las historias locales y nacionales deban tratarse aisladas del mundo o sólo celebradas desde un punto de vista nacionalista, todo lo contrario. No obstante, las historias sociales que toman como punto de partida sus propias especificidades locales o regionales pueden todavía arrojar luz sobre ideologías, estructuras y procesos más amplios.

Los planteamientos transnacionales son así pues prometedores pero conviene tener algo de cautela. Tanto el surgimiento de debates transnacionales como los intentos de "acercamiento teórico" son signos de que la disciplina está en transición, como por otra parte siempre ha estado. Los efectos de la historia social desde los años setenta han sido significativos y a menudo positivos: los conceptos de política y poder sufrieron alteraciones, nuestra profesión se transformó y algunas áreas de investigación antes abandonadas, como las mujeres y el género, se han desarrollado hasta convertirse en variados y sofisti-

---

[34] Marcel van der Linden, "Global Labour History and the 'Modern World-System': Thoughts at the Twenty-Fifth Anniversary of the Fernand Braudel Centre", *International Review of Social History*, 46/3 (dic. 2001), pp. 423-59.

[35] Mineke Bosch, "Internationalism and Theory in Women's History", *Gender and History*, 3/2 (1991), p. 143.

[36] Ann Curthoys, "We've Just Started Making National Histories and Now You Want Us to Stop Already?", en Antoinette Burton (ed.), *After the Imperial Turn: Thinking With and Through Nation*, Duke University Press, Durham, 2003, pp. 70-90.

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

cados campos de estudio por derecho propio. Los temores de un "declive" expresados más recientemente no eran totalmente infundados si tenemos en cuenta que lo que se lloraba era un *tipo* concreto de historia social, en el que los análisis de clase, la acción humana y las esperanzas de una transformación social estaban eclipsados por otros intereses políticos y teóricos. Como feminista siento un cierto optimismo de que la historia de las mujeres se convierta en una fuerza dinámica por sí misma, pero como materialista admito mi pesimismo frente a la desaparición de la clase como una categoría fundamental de análisis. Sin embargo, es importante recordar que el resurgir de la historia social en los años 60 y 70 se produjo no sólo desde el interior del mundo académico, sino que fue también provocado por la agitación que tenía lugar fuera de sus muros. Es posible, por lo tanto, que esta reciprocidad política nos alcance de nuevo, dando forma otra vez a una nueva historia social que espero conserve algo del compromiso inicial de transformar la sociedad tanto en los libros de historia como en la vida real.

Traducción de José A. Carazo Carrasco

This content downloaded from 128.122.149.154 on Mon, 24 Feb 2014 10:19:12 AM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions